

de la provincia de Toledo, bien pudiéramos asegurar que, en su territorio, dióse el primer paso para la constitución de un pueblo nuevo en la protohistoria española, el de nuestros ascendientes los celtíberos.

Ya véis cómo esta provincia ha sido teatro de las vicisitudes más diversas de la prehistoria española. El origen de Toledo se remonta mucho más allá de la época céltica, en que lo colocaba MARTÍN GAMERO. Neolíticos y eneolíticos, debieron ya hollar, con su planta, el suelo toledano, hace unos ocho mil años, si no para establecer en él una población, de lo que sería fantástico hablar aquí, por lo menos para convertirlo en defensivo baluarte, y en lugar sagrado, donde dar paz a sus muertos. Que así hizo Dios a Toledo: fuerte y elevado, para guardar más cerca del Cielo que de la tierra las gloriosas cenizas del pasado.

Etnología y folklore toledanos.

Etnología.—Acabamos de echar una rápida hojeada, al remoto pasado de Toledo. Nada más justo, ni quizá más interesante, para llegar a comprender la importancia del papel biológico del pueblo toledano, en la historia, que el estudio de sus manifestaciones etnológicas actuales. Ellas nos darán exacta idea de sus energías raciales y, sobre todo, de las reservas espirituales y morales que, en momento oportuno, puede poner al servicio de la nacionalidad española.

No cabe duda que la Etnología es el nervio de la Historia, factor decisivo en los destinos de un país. Vista la Historia desde su campo, adquiere matices insospechados, pierde su antiguo sabor fatalista y adquiere la palpitante vitalidad, emanada de las acciones de un conglomerado consciente, en donde todo acto obedece a las leyes armoniosas de la biología social.

Dejar sin estudio las manifestaciones espirituales y materiales de un pueblo, es perder el hilo de su historia. Por eso, muy acertadamente, daba la voz de alarma, hace algún tiempo, D. LUIS DE HOYOS, eminente etnógrafo, ante el espectáculo entristecedor de irse extinguiendo el tesoro etnológico español, sin que de su rica cantera hayamos sacado, todavía, los indispensables materiales para construir nuestra etnografía nacional.

El sabio investigador, Sr. HOYOS, repartió, profusamente, cuestionarios etnológicos, por todas las provincias españolas, y su

voz, llegó también hasta Toledo. Y aun cuando fué escuchada con entusiasmo, la magnitud del asunto para abarcarlo en plazo breve, la escasez de investigadores y los dispendios necesarios para llevar a cabo, viajes, observaciones, recolección de objetos, fotografías, dibujos, etc., referentes a estas cuestiones, ha hecho que aún no se haya llevado a cabo una labor etnológica, seria y concienzuda, en esta provincia. Algo se ha hecho, es verdad, en lo relativo al estudio del traje regional, pero aún está por hacer lo que concierne a la etnología de la vivienda, artes, profesiones, medios de transporte, instrumentos y útiles auxiliares de oficios, etcétera, etc. Así, pues, de desear sería que esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, tomase por su cuenta tan patriótica empresa, para honra suya, y en bien del país. Yo, en este instante, y en atención a lo que es este trabajo, seré sólo un turista que recoge matices del sugestivo conjunto de la Etnología toledana.

A tal efecto, me pararé unos instantes a considerar, entre otras manifestaciones etnológicas, para las que no hay espacio en este trabajo, la de la «vivienda rupestre», en la que no sólo se revela el carácter de los que la construyen, sino también la influencia del medio en que radica.

Permitidme que os recuerde una vivienda rústica, propia del vivir campesino de esta provincia: *el chozo*.

Yo recuerdo, que una vez, pasando por Layos, en el kilómetro 15 de la carretera, observé, a la izquierda, en medio de un campo arado, un *chozo* de forma perfectamente cónica, que por su construcción daba idea de solidez y hasta de permanencia en su habitación.

Me acerqué a él. La vivienda estaba hecha con juncos y anea, material seguramente recolectado a orillas del arroyo *Guajaraz*, que un poco más arriba serpentea, y que ostenta toda esa vegetación, en sus márgenes.

El junco forma haces atados sólo por uno de los extremos. Dichos haces están relacionados y ligados, formando trabazón empizarrada y a zonas, que hace difícil penetrar, dentro del *chozo*, agua y aire. En la base de la construcción y, rodeándola, hay tierra apisonada. El remate de esta picuda cabaña es el símbolo del cristianismo: la cruz. Al lado de esta vivienda hay otra más pequeña, pero de igual forma, que sirve de albergue a las gallinas.

Si curioso es el *chozo* en su exterior, aún lo es más por dentro. Resulta de bastante capacidad, aunque no tanta, para el número de personas que pernoctan en él, pues son catorce, entre hombres, mujeres y niños: obligada promiscuidad en que la Providencia coloca a los seres que viven en estado natural. El recinto es a la vez dormitorio y cocina. En el centro está el hogar, circuido por piedras. Allí, el fuego de esta vivienda, *casi neolítica*, lamerá con su llama el caldero de hierro, que por medio de un gancho, puede colgarse del centro de esta cabaña. Y a la vez, en los crudos días del invierno, cuando el bloqueo de la nieve impida salir de allí a sus habitantes, calentará los rústicos lechos de junco y de paja, que a modo de camastro, rodean el hogar en el interior de esta vivienda.

Para darle solidez contra los vendavales, tiene por dentro esta choza una serie de troncos, o ramas gruesas, de árboles, que siguen las direcciones de las generatrices del cono, que forma el *chozo*, cuyos sostenes son, a la vez, de los haces de juncos y aneas, que forman la cubierta de tan primitiva casa. Una puerta, muy baja, sirve de acceso al interior de la cabaña, la que, desprovista de todo otro hueco, queda sumida en la más absoluta obscuridad cuando se cierra la mísera puertecilla. Es maravilloso cómo pueden permanecer tantas personas en el interior de esta cabaña, sin luz ni ventilación, cuando las inclemencias del tiempo impiden salir de allí a sus habitantes. Y aún sorprende más, cómo pueden pasar una noche, entera, en una atmósfera tan confinada e irrespirable....

¿A qué se dedica esta gente, y qué hace allí? Una mujeruca que tiende una ropilla, junto al *chozo*, nos lo explica. Aquello es una especie de tribu, dedicada, a la vez, al pastoreo y a la agricultura. Uno y otra, establecen, en su vida, la alternancia de períodos de estabilidad en el cultivo del campo, y de cambios de lugar cuando la tierra no produce ya lo suficiente o el pasto escasea. Estas gentes tienen sus rebaños, que apacientan, pero a la vez cultivan tierras, que toman en arriendo, sirviéndoles de abono para esas tierras, el estiércol producido por el ganado. Viven de continuo en el *chozo*, que construyen para un cierto tiempo de explotación de la tierra, y cuando la explotación termina, cambian de lugar y construyen una nueva vivienda en otro terreno. Estas gentes son pastores y agricultores a un mismo tiempo. Hay en su género de vida reminiscencias muy primitivas. La trashu-

mancia, impuesta por el pastoreo y la explotación de la tierra, y el sedentarismo agrícola, temporal, imprimen a esta vivienda carácter etnológico tan peculiar como el indicado.

Veamos, ahora, una adaptación constructiva de la vivienda rupestre al medio en que radica, para lo cual bastará con que nos fijemos en las viviendas trogloditas de la provincia de Toledo.

Una buena porción del territorio toledano hállase incluido en la denominada «estepa central española», y a ella corresponden los terrenos miocenos de la provincia y una pequeña parte de los diluviales. Toledo contribuye, en no escasa medida, a la constitución de la región manchega, pues en La Mancha se comprenden la casi totalidad de los suelos esteparios de las provincias de *Madrid, Toledo, Cuenca, Ciudad Real y Albacete*.

El medio estepario, con su clima rudo, su escasez de agua y su terreno ingrato, ha influido en la ecología de la vivienda de los rurales manchegos toledanos. Hija de las características del medio, es la morada troglodita, frecuente en los pueblos de *Villacañas, Quero, Romeral, La Guardia, Ontígola* y otros varios; como es también hijo del medio, el carácter manchego, noble, altivo, y lleno de sutiles agudezas, a cuya condición alude el vulgo, en este cantar:

"Si Dios fuera manchego,
no creyera en El,
que tienen los manchegos
mucho que entender.,,

Respecto a las viviendas de los actuales trogloditas toledanos, puede decirse que son de diversas clases, correspondientes a un tipo común. Las hay que consisten en cuevas más bajas que el nivel del terreno en que se asientan (Villacañas) (1). Otras, excavadas en un cerro, muestran varias habitaciones, sin más ventilación que la puerta de entrada; en tanto que otras se hallan ya provistas de una chimenea y aun de algunas ventanas, en la fachada natural del cerro.

(1) EDUARDO REYES PRÓSPER. *Las estepas de España y su vegetación*. Págs. 128-130. Madrid, 1915.

(Este interesante libro tiene un capítulo titulado *Los trogloditas esteparios*, en donde se hace mención de algunas viviendas trogloditas de la provincia de Toledo).

Un tipo curioso y bastante evolucionado, de estas habitaciones trogloditas, lo presentan las llamadas «cuevas de Ontígola», que visité y estudié, no há mucho.

Dichas viviendas hipogeas se hallan talladas a pico en un conglomerado mioceno, de gran dureza, por lo que el trabajo de construcción de la vivienda tiene que ser lento y de mucho esfuerzo. Vistas estas casucas, por el exterior, sólo muestran la puerta, un tanto trapecial, y como coronamiento, una chimenea en forma de tronco de cono, fabricada con los mismos materiales del conglomerado, antes dicho.

Unas junto a otras se alinean las puertas, acompañadas de algún que otro ventanuco, rasgado en la fachada natural del altozano. Por aquella grieta, más que ventana, penetra tan escasa cantidad de luz, que no basta a disipar las tinieblas, perennes, del interior de estas rudas y primitivas habitaciones.

Por medio de una rampa se llega hasta la puerta de la vivienda, y ya en el interior, se tropieza, primero, con una habitación o pieza en forma de rotonda, especie de recibidor y de cocina, pues a la izquierda se ve el hogar, tan primitivo como el de los pueblos pastores, sin más diferencia con el de éstos, que haber aquí una salida ascendente para los humos. En la casa que visité existía una excavación en la pared frontera a la puerta, destinada a sostener los cántaros para el agua. No existe fregadero, pues tanto para fregar el servicio de cocina, como para el lavado de la ropa, hay en el exterior de estas extrañas casas, unas curiosas tinas, hechas con la mitad de un tinajón de los de vino, partido en sentido longitudinal. La concavidad que proporciona este trozo de tinaja, sirve para contener el agua que se emplea en tales menesteres domésticos.

En esta primitiva habitación, con el humilde ajuar, que rebosa limpieza, vive feliz el hijo de la estepa toledana. Quizás no haya español que le supere en su arraigado sentimiento patrio, pues parece que su amor al territorio se centuplica en aquel medio inclemente y hostil. Aún me parece oír a una joven, habitadora de una de estas cuevas, en Ontígola, cuando me decía: «señor, estas viviendas, más que para personas, parecen hechas para refugio de alimañas, pero nosotros somos tan felices dentro de ellas, frescas en el verano y templadas en el rigor del invierno, que no las cambiaríamos por un palacio. No es poco decir que vivimos en *nuestra tierra y en nuestra casa.*»

Y, ¿cómo no sentirse feliz, el que con tanto esfuerzo logra vencer a la Naturaleza, en lucha tan desigual, para conseguir un cobijo y un pedazo de pan? No se puede negar que así prende en el alma y se adueña del hombre el sentimiento de la propiedad, base de toda agrupación social. Sólo teniendo esto en cuenta, se explica el que esa muchacha de Ontígola, habitante de la estepa, sintiera la nostalgia de su pobre vivienda, cuando habitaba en una populosa ciudad, según manifestó, y que dejara la vida ciudadana para casarse en tan humilde pueblo, en donde había de terminar sus días, sepultada en vida, en aquella morada troglodita.

Ved, pues, por esos dos ejemplos, que acabo de exponer, referentes al estudio etnológico de la vivienda en Toledo, cómo la Etnología, en esta provincia, tiene interés extraordinario, pues cada problema que consideremos, es un verdadero filón inexplorado para llegar al conocimiento de cuestiones de gran valor histórico-social.

Otro tanto veríamos si nos detuviéramos a considerar los medios primitivos de transporte en esta provincia. Solamente con fijarnos en los medios que emplean en nuestra capital, los aguadores, para el transporte del agua de bebida a domicilio, tendríamos bastante material para un estudio, en que las aguaderas y las curiosas carretillas de mano, con sus primitivos tipos de rueda, alguno casi ibérico, habrían de suministrarnos consecuencias etnológicas de vital importancia. Pero quédese esto para la feliz ocasión en que se lleve a cabo la tarea de escribir la Etnología toledana.

Folklore.—Hó aquí una palabra anglosajona, tan popular, ya, entre los españoles como la más castiza castellana. Su contenido es «el saber del pueblo», esa mezcla de verdad y error acerca de la esencia de los fenómenos que se dan en su propio seno y en cuanto le rodea.

El pueblo es, por sí mismo, un archivo de practicismos y de experiencias heredadas que se acrecienta, en todos los tiempos, con nuevas aportaciones del pensar y del sentir de las generaciones que se suceden.

El «saber del pueblo», conjunto de creencias, supersticiones, ritos, costumbres, fiestas, juegos, leyendas, cuentos, dichos, refranes, etc., etc., no es algo fósil, permanente o imperecedero, sino algo que vive y se renueva. Y aunque la moderna civilización